

PARA ABONO DE NUESTRA MEMORIA



Para abono de nuestra memoria, y que en ella prendan mejor, como plantas tiernas, los sucesos de hoy y sean recuerdos vivos mañana, acudimos a los recuerdos de anteaer, a los que nos transmitieron nuestros padres y abuelos, y entre ellos, sobre todo, a los de la tradición liberal española, bien menguada por cierto.

Y hoy queremos recordar algo de aquella doña María Cristina de Borbón, última mujer de Fernando VII, que fue reina gobernadora o regente al principio de la minoridad de Isabel II y antes de que hubiera que echarla para poner en la Regencia al general Espartero. Es señora que merece sin duda un detenido estudio, estudio de historia política y doméstica y social.

La buena señora no dejó de intrigar, y en favor de sus intereses y de los de los hijos que tuvo de su segundo matrimonio, con Muñoz — a quien hizo duque, — ni aun después de entronizada su hija.

¿Recuerda algún lector haber leído aquel famoso Manifiesto de Manzanares, que firmó el general don Leopoldo O'Donnell, y había escrito Cánovas del Castillo, al de julio de 1854? En él se hablaba del «yugo de los tiranos», de conservación del trono, «pero sin camarilla que lo deshonor», y de la «voluntad nacional». Y poco antes de este Manifiesto el mismo O'Donnell había, el 4 de julio, suscrito estas palabras: «Liberales: no hay más porvenir para vosotros que la insurrección o la esclavitud.»

Después de ese Manifiesto, y a consecuencia de él, fué expatriada la regente María Cristina, y subió Espartero al poder. Su hija, la reina Isabel, empezó un Manifiesto diciendo: «Españoles: una serie de lamentables equivocaciones me había separado de vosotros.» A pesar de lo cual continuó la serie. O empezó otra nueva.

¿Qué equivocaciones fueron esas? Hacia 1848 la inmoralidad administrativa había llegado al colmo. Los negocios turbios se sucedían. Negociábase entre favoritos los títulos del reino, los altos empleos de la milicia, las grandes cruces. La reina le regaló dos millones al duque de Valencia. Se jugaba a la Bolsa de la manera más descarada y se decía de público que en no pocas empresas protegidas por el gobierno andaba la ex gobernadora, la madre de la reina, doña María Cristina de Borbón. Y cuando en 1854, a consecuencia de la sublevación acaudillada por O'Donnell, el que firmó el Manifiesto escrito por Cánovas, cayó el gobierno, las turbas asaltaron en Madrid las casas del banquero y agiotista — y algo más — Salamanca, del conde de San Luis y de otros y el palacio de doña María Cristina.

En 1859 se llevó a las Cortes, a petición de Sagasta, un expediente formado en 1854 para acopiar 130.000 cargas de piedra en el Canal del Manzanares, con destino a carreteras. Cánovas del Castillo acusó al entonces ministro de Fomento, don Agustín Esteban Collantes, que fué absuelto, y se condenó — siempre se quiebra la soga por lo más delgado —

a Mora, que era director de Obras públicas, y a otros. ¿Fue culpable Mora? Pareco lo cierto que ni él, ni el ministro, ni el presidente del Consejo, pecaron, sino de débiles, de encubridores, de serviles. «Hubieron de ceder a los ruegos de augusta persona», escribe un historiador de aquellos sucesos. Y aquella persona augusta no pudo ser otra que doña María Cristina de Borbón, que gustaba de meterse en cargas de piedra y en otros negocios. Su hija no, porque a su hija, la reina Isabel, que era una muchacha por entonces y que nunca pecó de codiciosa ni de rapaz — era más bien manirrota, — le interesaban por entonces muy otras cosas que negocios y se entretenía con las inefables bobadas que le escribía aquella pobre monja mema y mentecata que fué Sor Patrocinio, la de los diminutivos.

¡Sor Patrocinio! ¡Hay que leer las cartas de esta pobre reclusa! La que en 1855 escribía a la entonces princesa de Asturias, doña Isabel, de cuatro años: «Que en ese día salga V. A. muy guapita para consuelo de todos los españoles que la quieren mucho; que le dea a V. A. una rosquillita más...» Pero de estas cartas hemos de volver a hablar. Son un síntoma de la memez, de la mentecatez, de la insondable bobería que hace setenta años corroía a la corte de España. Memez, sí; tontería, insondable tontería.

Sólo permanecía despierta la reina madre, la última mujer de Fernando VII y entonces de Muñoz, la astuta y rapaz napolitana. Mientras su hija, frívola meza de veinte años, se entretenía con las bobadas de la chochísima Sor Patrocinio y con otras bobadas de otro fuste, la madre negociaba. Y en plenas Cortes se le acusó después de muchos de sus turbios negocios.

Y en tanto el liberalismo español luchaba por abrirse paso por en medio de aquel fangal. Porque no era ya el despotismo de los Austrias, sino que era algo más innoble, más bajo, más abyecto. Era el consorcio de la frivolidad y del agiotaje.

Miguel DE UNAMUNO.

